

AMAR POR RAZON DE ESTADO.

PERSONAS.

CARLOS, duque de Clèves.
LA DUQUESA, su esposa.
LEONORA, viuda.

ISABELA, dama.
ENRIQUE, caballero.
LUDOVICO, marques.

RICARDO, viejo.
DOS CRIADOS.

La escena es en Clèves, en una quinta del Duque, á diez leguas de allí, y en otra inmediata.

ACTO PRIMERO.

Una quinta del Duque. — Jardin con un costado del edificio.

ESCENA PRIMERA.

LEONORA y ENRIQUE, á una ventana, de la cual pende una escala.

LEONORA.

Enrique, el sol nos da prisa:
Con esperezos la aurora,
Si celosa de mi llora,
Mis pesares le dan risa.

ENRIQUE.

¡Qué presurosa que pisa,
Mi bien, el cóncavo espejo,
De sus celajes bosquejo!
¡Qué bien muestra á su pesar,
En su mucho madrugar,
Que tiene el marido viejo!
¡Oh! ¿quién candados pusiera
A las puertas de su oriente,
Porque presa eternamente,
Eterna mi dicha hiciera?
¿Quién, rompiendo la vidriera
Por donde su luz traspasa,
Pusiera á sus cursos tasa,
Y impidiéndola el correr,
La hiciera, pues es mujer,
Que aprendiera á estarse en casa?
¡No estuviera yo en Noruega,
Donde hay noches tan corteses,
Que regalan por seis meses
A quien á su clima llega!

LEONORA.
Si amor en ellos sosiega,
¿De qué, mi bien, serviría
Tan prolongada alegría,
Habiéndola de lastar (1)
Llorando, con esperar
Otros seis meses de día?
No alargues con dilaciones
Recelos de nuestro daño;
Mira que á dichas de un año
Riesgo de un instante pones.
Baja, mi bien.

ENRIQUE.

Escalones
De mi muerte bajaré.

(Baja el primer paso.)

¿Cuándo á verte volveré?

LEONORA.

¿Eso pregunta quien ama,
Y ausente del sol la llama,
De su fuego esfera fué?
Mientras está en Belpais
El Duque, y la noche oscura
Miedos del sol asegura,
¿Qué preguntas?

(1) Pagar.

ENRIQUE.
Vos decis
Que me amais, ¿y permitis
Que me vaya!

LEONORA.
Es el temor

Ayo cruel del honor,
Y el sol que á nacer empieza,
En su misma luz tropieza
Por descubrir nuestro amor.
¿Bajaste ya?

ENRIQUE.
El primer paso.

LEONORA.

Adios, pues.

ENRIQUE.
Oye de aquí

Quejas del alma.

LEONORA.
¡Ay de mi!

Vete, Enrique, y habla paso.

ENRIQUE.

Si hicieras, Leonora, caso
De mis penas.....

LEONORA.
Si te ve

El sol.....

ENRIQUE.
Ya, mi bien, bajé

Otro escalon; que violenta
Mi fe, los pasos me cuenta,
Y no la haces de mi fe.

LEONORA.

Repara, amores, por Dios,
Que no es amante discreto
Quien pone á riesgo el secreto.

ENRIQUE.

Reparad en mi amor vos.

LEONORA.

Voime.

ENRIQUE.
Ya bajé otros dos.

LEONORA.

No ocasiones mi cuidado.

ENRIQUE.

Mi bien, ¿pues qué juez no ha dado
Lugar que en cada escalon
Siquiera hable una razon
El mas vil ajusticiado?

LEONORA.

Mira que ya son las hojas
Ojos de Argos, que nos ven,
Deste jardin.

ENRIQUE.

¿Ay mi bien!

Yo te adoro, y tú te enojas.

LEONORA.

Temo.

ENRIQUE. (Acabando de bajar.)
Cesen tus congojas;

Que ya me voy. Gocé el sueño
La gloria que en ti le empeño.

LEONORA.

¿Soltaré la escala?

ENRIQUE.
Si.

LEONORA.

¿Vaste?

ENRIQUE.
Voime, y quedo en ti.

LEONORA.

¡Ay dulce esposo!

ENRIQUE.
¡Ay mi dueño!

(Suelta Leonora la escala, y se retira.)

ESCENA II.

EL DUQUE, DOS CRIADOS.—ENRIQUE.

DUQUE.

¿A estas horas hombre aquí?

Matalde, si no se da.

ENRIQUE. (Ap.)

Ya, amor, descubierto está
Vuestro secreto por mí.
Restaure el acero agora
Culpas que por tardo os doy.

DUQUE.

¿Quién eres?

ENRIQUE.
Un hombre soy.

DUQUE.

Pues ¿qué haces aquí á tal hora?

ENRIQUE.

Idoltrar estas piedras,
De mi hechizo semejanza,
Y comparar mi esperanza
A sus siempre verdes yedras.

DUQUE.

¿Amas en palacio?

ENRIQUE.
Adoro.

DUQUE.

¿A quién?

ENRIQUE.
Si fueras discreto,

No ofendieras al secreto,
De amor mas rico tesoro.

DUQUE.

¿Por dónde al parque cerrado
Entraste?

ENRIQUE.
Si amor es ave

Que penetrar nubes sabe,
¿Qué preguntas?

DUQUE.

Al sagrado

Deste lugar, es delito
Entrar de noche.

ENRIQUE.

Al amor,

Que es el monarca mayor
Ningun lugar le limito.

DUQUE.

Di quien eres.

ENRIQUE.
Todo yo

Soy amor, y no soy mas.

DUQUE.

Si te encubres, morirás.

ENRIQUE.

Amor esfuerzo me dió
Para defenderme.

DUQUE.

Muera.

ENRIQUE.

Mal mi valor conocéis.

(Echan mano á las espadas los cuatro,
y entranse acuchillando el Duque y
Enrique; los criados huyen al punto.)

DUQUE. (Dentro.)

¡Valiente brazo!—¿Qué haceis?

¿De un solo hombre hús?

ESCENA III.

EL DUQUE y ENRIQUE, volviendo á salir.

DUQUE. (Retirándose de Enrique.)

Espera:

Advierte que el Duque soy.

ENRIQUE.

Vuestra Alteza me perdona,

Si mi espada se le opone;

Y porque resuelto estoy
De morir, antes que sepa
Quién la espada le ha ganado,
(Venturoso desgraciado,
Aunque en mi valor no quepa
El justo merecimiento
Que consigue mi osadía)
Vuestra Alteza honre la mia,
Porque con la suya intento
Dar principio á mi ventura,
Y mi sangre ennoblecier.

DUQUE.

Tu valiente proceder
De mi enojo te asegura.

Dos criados me has herido;
Pero no temas por eso.

ENRIQUE.

Que me ha pesado confieso,
Aunque en mi defensa ha sido.

DUQUE.

Descúbrete, caballero.

ENRIQUE.

Vuestra Alteza tiene fama
De cruel contra quien ama
Sangre suya, y de aquí infiero
Lo mal que me puede estar
Hacer de quien soy atarde.—
El sol sale: adios; que es tarde.
Y indecente este lugar. (Vase.)

ESCENA IV.

EL DUQUE.

¡Determinado valor!—
¿Qué es esto? ¿Válgame el cielo!
Una escala está en el suelo.
Cayó por ella mi honor.
El arrogante embozado
Autor de mi afrenta ha sido;
Que el peligro hace atrevido
Al mas cobarde culpado.
¿Qué hay que dudar? ¿No me dijo:
«Vuestra Alteza tiene fama
De cruel contra quien ama
Sangre suya?» Si colijo

AMAR POR RAZON DE ESTADO.

De aquí consecuencias llanas,
A mi sangre fué traidor,
Y torpe ofende mi honor
Una de mis dos hermanas.
¿Si será Leonora? No;
Que en su temprana viudez
La virtud ha sido juez
De que Artemisa perdió
El casto blason con ella.
¿Será Isabela? Tampoco,
Pues al deseo mas loco
Reprime ardores de vella.
Pues ¿quién será de las dos,
Si no tengo en Belpais
Otra sangre? ¿Qué decis,
Honra, en estas dudas vos?
Este cuarto es de Leonora
Y de Isabela; esta escala
En la culpa las iguala,
Si cómplice, acusadora.
Para poder sentenciar,
Informacion se ha de hacer.—
¿Vos sois casa de placer?
Mejor diréis de pesar.—
¿Lamaré gente que siga
Mi enemigo? Sed mas sabio,
Honor mio; que el agravio
No lo es mientras no se diga.
Ni el sol que empieza á nacer,
Con verlo todo y ser mudo,
De las ofensas que dudo
Testigo tiene de ser.
El tiempo dará noticia
De quien es quien me ofendió,
Pues en mi espada llevé
La insignia de mi justicia.
Ella le dará castigo,
Pues aunque encubrirse prueba,
No va seguro quien lleva
A la justicia consigo;
Y yo guardaré entre tanto
Este instrumento agresor.
Tratos de cuerda el amor
Da á la honra: no me espanto
Que os venza, mudable hermana,
Pues la mas firme mujer
Frágil cuerda viene á ser,
Y la mas cuerda, de lana.
(Bájase á tomar la escala, halla pape-
les rotos, y cógelos.)

Papeles pedazos hechos
Hay por aquí, que arrojados,
Son despedidos criados;
Y descubriendo sus pechos,
Podría ser que se vengasen
De quien los despedazó.
Sospechas, ¡dichoso yo,
Si en verdades os trocasen!
Esta letra es de Leonora.
Medio renglon dice así:
(Lee.) *Mi bien, cuando estoy sin ti...*
Mas indicios hay agora,
Isabela, en tu favor,
Que á Leonora culpa dan....
¿Qué dichoso que fué Adán,
Libre de riesgos de honor!
(Lee.) *Mi bien, cuando estoy sin ti...*
¿De tú, Leonora, y mi bien
A un hombre, y no sé yo á quién?
Viuda noble que habla así,
Muy adelante está ya
En materia de aficion.
Leamos otro renglon;
Que puesto que roto está,
Si indicios de estotro iguala,
No habrá que imaginar mas.
(Lee.) *Mañana á verme vendrás...*
Y estotra noche la escala.
Bien los delincuentes pinta
La sospecha, sabio Apéles,
En estos rotos papeles.
(Lee.) *La respuesta en esta cinta.*

No entiendo esto: alguna traza
Para escribirse los dos,
Les dió el mal nacido dios
(Lee.) Este dice: *Duque á caza.*
Es verdad, ayer sali.
(Lee.) *Cinta, asegura cuidados*
De enemigos no excusados.
Ya este misterio entendi.
Leonora le escribiría,
Y por guardar el respeto
Al siempre cuerdo secreto,
De una cinta colgaria
El papel, el sol ausente,
Porque acudiendo por él
Su amante, aliviasse en él
Llamas de su amor ardiente.
Vendría de noche en fin,
Y la cinta serviría
De tercera, y llevaria.
Cuando entrase en el jardin,
La respuesta, cuerda y muda.
¡Nuevo modo de querer!
Mas ¿qué no hará una mujer,
Si sobre discreta, es viuda?
Enemigos no excusados
Los vivos terceros llama:
Bien dice, porque la fama
Anda enferma entre criados.
Si como supo guardar
Secretos, guardar supiera
Papeles, poner pudiera
Escuela nueva de amar.
Ahora bien, yo he de saber
Con industria y con secreto
Quien es el feliz sujeto
Que en Leonora pudo hacer
Tan no pensada mudanza:
Mi espada lleva, y la suya
Me dejó por ella; arguya
Quien puede ser, mi venganza.
A la corte he de volverme;
Que tal vez en la lleneza
Del campo está la grandeza
A peligro, donde duerme
El cuidado. Torre, quinta,
No veré mas vuestras flores,
Que dan entrada á traidores,
Y hacen tercera una cinta.
(Vase, llevándose la escala.)

Sala en la quinta de Ricardo.

ESCENA V.

ENRIQUE.

De la escala se olvida quien adora
A quien al sol en hermosura iguala?
¿En tal ocasion, cielos! ¿á tal hora!
¿Y por discreto Clèves me señala?
¿Yo amante? ¿en posesion yo de Leonora,
Y la escala me olvido? ¿y en la escala
Dejo indicios al Duque sospechoso
Contra la fama de mi dueño hermoso?
Asáltome su hermano de improviso;
No pude prevenir con el cuidado
En mi defensa á daño tan preciso;
Descuidéme, y amor que es descuidado,
¿Qué merece? Por necio ó por remiso,
Mi Leonora dirá: «Ser olvidado,
Pues si un amor con otro amor se paga.
Olvido es bien que á olvido satisfaga.»
¿Un año de secreto, en un instante
Perdido por mi culpa, cuando pinta
La discrecion trofeos de un amante,
Si no en bronce, en flores de una quinta!
¿Un amor sin tercero que le espante,
Cifrado cada noche en una cinta,
Mudo correo de amorosas quejas,
Letras de amor librándome á unas rejas!
El Duque halló la escala, ¿quién lo duda?
Y en ella la opinion de mi Leonora,

O desacreditada ó puesta en duda
Por culpa mía, mis descuidos llora.
¿Con qué ojos, pues, idolatrada viuda,
A los tuyos podrá llegar agora
Quien te ha ofendido, si el mayor culpado
Es en casos de amor el descuidado?

ESCENA VI.

RICARDO.—ENRIQUE.

RICARDO.

Enrique.

ENRIQUE.

Padre y señor!

RICARDO.

¿Cómo has madrugado hoy tanto?

ENRIQUE.

Son enemigos del sueño
El calor y los cuidados.

RICARDO.

¿Cuidados tú! ¿Pues de qué?

ENRIQUE.

No son razones de estado,
Ni de amor ciegos desvelos;
Pues nunca ha podido tanto
Conmigo el bárbaro ocio,
Que haya degenerado
De la crianza que en mí
Hacen tus consejos sabios.
Como soy hechura tuya,
Y tu sangre propagando
En mí, procuras al tiempo
Dejar tu mismo retrato;
Eres mi padre y maestro,
Armas y letras cifrando
En avisos y en liciones,
Por quien dos veces te llamo
Dueño natural: deseos
De no desmentir, Ricardo,
Esperanzas que en mí siembras,
Mil noches me han desvelado.
No has permitido hasta agora
Que rompa el límite escaso,
Prision de mi juventud,
Destos montes y estos prados.
Diez leguas dista de aquí
La corte, que alabas tanto,
De Carlos, duque de Cléves;
Veinte veces ha pisado
Rosa abril y escarcha enero,
Que (1) de los maternos lazos
A la luz del sol salí,
Sin haber de tí alcanzado
Que á ver la corte me llevés;
Preso entre los riscos altos
De estas asperezas frías,
Cuyas faldas bordan mayos.
Si intentabas, padre noble,
Que viviese entre villanos,
Bonde por dueño te tienen
Un castillo y pueblos cuatro;
¿Para qué tan cuidadoso
Las artes me has enseñado
Liberales? ¿Para qué
El hacer mal á un caballo,
Saber jugar el acero,
Acometer un asalto,
Dar dos botes de una pica,
El noble lenguaje y trato
De las cortes de los Reyes,
Si como sabes, es llano
Ser inútil la potencia
Que no se reduce al acto?
(Ap. ¡Ay mi Leonora ofendida!
Divirtiéndome en vano
Sentimientos de mi ofensa,
Ocasiones de tu agravio.)

RICARDO.

Enrique, mozo estudié,
(1) Desde que.

Hombre seguí el aparato
De la guerra, y ya varón
Las lisonjas de palacio.
Estudiante gané nombre,
Esta cruz me honró soldado,
Y cortesano adquirí
Hacienda, amigos y cargos.
Viejo ya, me persuadieron
Mis canas y desengaños
A la bella retirada
Desta soledad, descanso
De cortesanas molestias,
Donde prevengo despacio
Seguro hospicio á la muerte,
Con prudencia escarmentado
En los viejos que en la corte,
De su libertad tiranos,
Mueren sin haber vivido,
Pródigos de canas y años.
Antes que honrase mi pecho
Con el blason soberano
Malta desta blanca cruz,
Del valor y hazañas blanco;
Saliste al mundo, y quedé
Tu crianza, Enrique, á cargo
De mi amor y mis consejos.
Creciste en fin, y dejando
Con la infancia los estorbos
Que en el natural humano
El uso de la razón
Impiden en tiernos años;
Fui á los nueve tu maestro,
Por causa tuya colgando
Las armas y pretensiones;
Y á esta quietud retirado,
Desde las primeras letras
Tu ingenio dócil y blando,
Hasta la filosofía
Por mi industria ha granjeado.
Sin estas no puede un hombre
Perder el nombre de esclavo,
Pues en fe de hacerle libre,
Liberales se llamaron.
La militar disciplina
En tu natural bizarro
Lograr hazañas pretende
Que te ganen nombre claro.
Con las armas y las letras
Podrás, si á César te igualo,
Vencer de día, y de noche
Escribir tus comentarios.
Voite enseñando también
La policía y el trato,
Modos, términos, respetos,
Que en la corte hace el engaño,
Maestro de ceremonias;
Que hevo, Enrique, por blanco
Sacarte de aquestos montes
Un perfecto cortesano.
Para serlo, no te falta
Sino resumir de paso,
Habitando el ingenio,
Lo que hasta aquí te he enseñado.
Presto cumplirás deseos,
Los míos despues logrando
A satisfacción del mundo,
Y de la corte de Carlos.

ENRIQUE. (Ap.)

¿La escala se olvida un hombre
A tal hora y en tal paso!
¿Qué disculpa, amado dueño,
Podré dar á tus agravios?

RICARDO.

Dejando, pues, por agora
Deseos queazonados
Se cumplirán á su tiempo,
Será razón que volvamos,
Enrique á nuestro ejercicio.
Ayer tarde repasamos
Los metéoros, y en ellos
Bastantemente informado,

Sabes de lo que proceden
Las nubes, lluvias y rayos,
Cometas y exhalaciones,
Que la region inflamando
Del elemento tercero,
Al vulgo causan espanto,
Como crinitas, caudatas,
Y otras que por no ser largo,
Dejo porque ya las sabes,
Por ellas conjeturando
Guerras, muerte de señores,
Hambres, mudanzas de Estados,
Y otras desdichas que anuncian
Los cuerpos simples y varios,
De cuyo influjo dependen
Los vivientes de acá abajo.
Agora has de resumirme
Lo que ayer para hoy dejamos
En materia de los cielos,
Sus ortos y sus ocasos.

ENRIQUE.

¿Vive Dios, que no merece
Quien ama y es descuidado,
Nombre de hombre!

RICARDO.

¿Cómo es eso?

¿Estás en tí?

ENRIQUE.

Lo que esta noche olvidé.

RICARDO.

Di pues.

ENRIQUE. (Ap.)

¿Qué haya yo agraviado
Por un descuido, Leonora,
Vuestra opinion? Y me llamo
Amante vuestro!

RICARDO.

¿No dices?

ENRIQUE.

Sí, señor. (Ap. ¡Ay! ¿cuán contrarios
Son desvelos del estudio
De los de un enamorado!)
La fábrica de los cielos,
De los dedos de Dios digna,
Eterna en su inmensa idea,
Y en tiempo el primero día,
Segun opinion probable,
Es de la materia misma
Que las demas criaturas,
En cuanto es materia prima;
Pues dado caso que aquesta
Intrinsicamente siga
El apetito que tiene
A la forma que varia,
De donde es fuerza que nazca
La corrupcion que aniquila
La sustancia que le informa,
Porque las demas reciba,
Y no pudiendo mudarse
En los cielos la adquirida
Desde su creacion primera,
Ya parece que es distinta;
Lo cierto es que toda es una,
Y esencialmente se inclina
A las formas que no tiene,
Aunque nunca las consiga.
Como el hombre, que es risible
Puesto que jamas se ria,
Ni ponga esta forma en acto,
Como de algunos se afirma.
Los que se mueven son diez,
Y once con la esfera impirea,
Corte de quietud eterna
De santos y jerarquias.
Su hechura es cóncava y hueca,
Cuyas esferas contiguas
Se tocan unas á otras,
Porque darse vacuo impidan.
De sus fisicos contactos

Hay filósofos que afirman
Aquella música acorde,
Cuya inefable armonía
No nos parece escuchar,
Pues segun buena doctrina,
Ab asuetis non fit passio,
Aunque es opinion de risa.
Excedense unos á otros
Lo que por la perspectiva
De sus ángulos se saca,
Conforme á la astrología
De Alfragano, diferencia
Sexta y vigésima prima,
Y otros de su sabia escuela,
Del modo que aquí se pinta.
(*Distráese, y dice aparte.*)
(¿Que me dejase la escala
Olvidada yo? ¿Y que diga
Que á Leonora quiero bien?)
¿La escala yo!

RICARDO.

¿Desvarias,
Enrique? ¿qué es esto? di.

ENRIQUE.

Influos que se derivan
Desde los cuerpos celestes
Y en la tierra predominan,
Son como escalas señor.

RICARDO.

No, Enrique; tú desatinas,
O alguna pasión secreta
Tu memoria tiraniza.
No estás hoy para cuestiones
Sútiles; ven á la esgrima,
Y por las prácticas, deja
Artes especulativas.

(*Toman espadas de esgrima.*)

Toma aquesta espada negra.
La destreza de Castilla
Es la que en Europa agora
Comunmente se practica.
En el juego de Carranza
Estás docto; mas estima
Tiene el de Liébana: en este
Quiero ver cómo te aplicas.

(*Esgrimen.*)

Mete el pié derecho, saca
El izquierdo, uñas arriba;
Tírame esa punta al pecho;
Cruza la espada á la vista;
Rebate mi acero agora.
ENRIQUE. (Ap.)
Por la honra y por la vida
Es natural la defensa.
Duque, aunque el paso me impidas,
He de llevarme la escala,
Sin que por ella colijas
Quién es la prenda que adoro:
Muere, y mi secreto viva.

(*Distráese esgrimiendo, dale á Ricardo una cuchillada en la cabeza, y derribale el sombrero.*)

RICARDO.

Loco, ¿qué has hecho?

ENRIQUE.

¡Ay señor!

Signió la espada atrevida,
Sin regirse por el alma,
Desconciertos de la ira.
Necio es quien reduce á leyes
El furor, que nunca mira
En preceptos militares,
Si la venganza le incita.
Ciego del dejó llevarme;
Mas no hay disculpa que impida
Mi bárbara inobediencia:
La mano, padre, castiga
Que ha herido á quien debe el sér;
Dame con mi espada misma
La muerte, y vengue la blanca

Lo que en la negra te indigna.
(*Arroja la espada negra, saca la blanca, ofrécesela, y dale el sombrero de rodillas.*)
¿Que herí á mi padre!

RICARDO.

No creas
Que eres mi hijo, ni permitas
Afrentar el órden sabio
Con que sus especies cria
La cuerda naturaleza;
Porque si como imaginas,
Fuera, Enrique, yo tu padre;
Cuando, el alma divertida,
Me fueras á herir, la sangre
Te detuviera, á ser mía,
El brazo, reverenciando
La fuente que la origina.
A la cabeza defiende
La mano, y contra la ira
De quien la injuria, recibe
Naturalmente la herida.
Si yo tu cabeza fuera,
Mal agravíame podía
Ramo de quien tronco soy,
Sangre de quien eres cifra.
No, Enrique, no soy tu padre.

ENRIQUE.

Consuelos crecen desdichas,
Pues mezclas, cruel piadoso,
Dos contrarios de un enigma.
¿Que no eres mi padre?

RICARDO.

No.

ENRIQUE.

¿Pues quién...?
RICARDO.
Sabráslo algun día;
Que yo no lo sé hasta agora,
Hasta que el tiempo lo diga. (Vase.)

ENRIQUE.

¿Que yo no lo sé hasta agora,
Hasta que el tiempo lo diga?
¿O presuncion enemiga!
¿Cómo amaréis á Leonora?
Mi soberbia burladora
Hijo noble de Ricardo
Me llamó; mas ya ¿qué aguardo,
Si aun me niegan mi bajeza
La humilde naturaleza
Que pensé tener bastardo?

(*Ciñese la espada.*)

Arrogante pensamiento,
¿A Leonora os atrevistes?
¿Cómo tan alto subistes
Con tan bajo fundamento
Que aun no sé mi nacimiento?
¿Ay amorosa fatiga!
Vuestro vuelo no prosiga,
Pues sus principios ignora;
¿Que yo no lo sé hasta agora,
Hasta que el tiempo lo diga.

ESCENA VIII.

LUDOVICO, de campo y sin espada.—

ENRIQUE.

Dicha el no matarme fué
De la caída que di.—
Enrique...

ENRIQUE.

Señor.

LUDOVICO.

Caf...

ENRIQUE.

¿Válgame el cielo!

LUDOVICO.

Y quebré
La espada de mas estima

Que caballero ciñó:
El caballo tropezó
En un tronco, y dando encima,
Tres partes hizo la hoja.

ENRIQUE.

Mucho daño os pudo hacer.

LUDOVICO.

A nuestro Duque iba á ver;
Que en no haciéndolo, se enoja.
Prestadme, Enrique, la vuestra.

ENRIQUE. (Ap.)

La del Duque ¡cielos! es.

LUDOVICO.

Y volverésla despues
Con mejoras.

ENRIQUE. (*Dándosela.*)

¿Qué mas muestra
De que ya está mejorada,
Que vos, Marques, la pidais,
Si á vuestro lado la honrais?

LUDOVICO. (*Sácala.*)

Hermosos filos de espada!
Enrique, feríadmelá;
Daréos un lugar por ella.

ENRIQUE.

Si gustais servirlos della,
Ya, señor, feríada está,
Aunque tengo en ella puesto
Mi gusto.

LUDOVICO.

¡Ah! ¿sí? pues no es justo
Que yo os quite tan buen gusto.
Yo os la remitiré presto;
Y porque no vuelva sola,
Enjazeado os traerán
El mas brioso alazan
Que parió yegua española. (*Envíatala.*)

ENRIQUE.

B'ssoos las manos.

LUDOVICO.

¿Quereis
Que vamos á Belpais
Los dos?

ENRIQUE.

Si vos os servís
De mí, ¿por qué no?

LUDOVICO.

Seréis
Del gran Duque conocido,
Que tiene satisfaccion
De la fama y opinion
Que vuestro estudio ha adquirido.

ENRIQUE.

A vuestra sombra, señor,
¿Qué dicha no intentaré?

LUDOVICO.

Soy primo suyo, y podré
Haceros con él favor.

ENRIQUE.

Entrad, veréis nuestra quinta,
Y tomaré yo otra espada.

LUDOVICO.

No será tan extremada
Como la que está en mi cinta,
Aunque siempre se ha preciado
Vuestro padre de tener
Armas con que alarde hacer
De haber sido gran soldado.
Vamos.

ENRIQUE. (Ap.)

No pude negarle
La espada que me pidió.
Si el Duque que la perdió,
La conoce, acompañarle
¿No es locura? Mas ¿qué importa?
Ya ¿qué tiene que perder
Hombre que no tiene sér?

Acabe mi dicha corta;
Que cuando el Duque importuno
La muerte me mande dar,
A nadie podré afrentar,
Pues soy hijo de ninguno. (Vanse.)

Sala en la quinta del Duque.

ESCENA IX.

LEONORA, EL DUQUE.

DUQUE.
¿Pues podrásme tú negar
No ser esta letra tuya?
Cada pedazo te arguya,
Pues para multiplicar
Los testigos que dan nota
De tu descompuesto amor,
Convencen tu roto honor
Razones de carta rota.
Niega que la infame escala
Que al pie de tus rejas vi,
Liviana, intentó por ti
Meter la afrenta en tu sala.
Niega el perdido respeto
A tu difunto consorte;
Honesta viuda en la corte,
Y en Belpais, del secreto
Y la noche apadrinada,
Pagando torpe tributo
A la liviandad en luto,
Hipócrita disfrazada;
Que cuando excusas alegues
Que estás maquinando en vano,
Desmentida de tu mano,
No es posible que esto niegues.

LEONORA. (Ap.)
¿Ay desacertado Enrique!
Perdi mi opinion por ti,
Y tú me perdiste á mi.
¿Qué he de hacer?

DUQUE.
Cuando fabrique
Tu ingenio agravios que hacer
A mis sospechas, Leonora,
No te han de excusar agora
Sutilezas de mujer.
Convencida estás.

LEONORA.
Confieso
Lo que en mi vida pensé;
Y puesto que perderé,
Cuando no la vida, el seso,
Por la reputacion mala,
Duque, en que contigo quedo;
Dejarte seguro puedo
Que los pasos desahaga
Que has hallado y me desdoran,
No han llegado á profanar,
Fuera del alma, el lugar
Que dentro mi cuarto ignoran.
Ofendió el consentimiento
Al recato, no al honor,
Pues no le agravia el amor
Que al primero sacramento
Que vió el mundo, se sujeta.
Con aqueste fin cristiano,
Aunque el medio fué liviano,
Y la pasión indiscreta,
Le escribí aquele papel,
Que despues rompió el temor,
Arrojándole el honor (1)
Por las rejas: funda en él
Delitos de voluntad
Que no se han puesto en efeto,
Y advierte que es el sujeto
De tan noble calidad
Como la tuya.

(1) Honor es aquí el nominativo, lo arrojado es el papel. Cuando se incluyó esta comedia en la Colección general, entendió el censor la oración al revés, y borró el verso.

DUQUE.
¿Y la escala,
De tu deshonra instrumento?

LEONORA.
Amor, cuyo pensamiento
Por los ojos se señala,
A mi amante le diría
Que consigo la trujese.

DUQUE.
Si pedazos te leyese
Deste papel, bien podría
Probarte cuán adelante
De lo que dices está
El liviano amor que da
Tanta licencia á tu amante.
Mas declárame quién es
El pretendiente atrevido.

LEONORA.
Señor, no pidas...

DUQUE.
Yo pido
Lo que te ha de estar despues
Tan bien, que juzgues por sabio
El remedio de tu honor.

LEONORA.
(Ap. Perdona, Enrique, al temor;
Que es fuerza que te haga agravio.)
Temo, si quién es publico,
Que has de enojarte.

DUQUE.
¿Porqué,
Si es tan noble? Di: ¿quién fué?

LEONORA.
El Marqués...

DUQUE.
¿Quién?
LEONORA.
Ludovico.

DUQUE.
¿Mi primo?
LEONORA.
Ese me desvela.

DUQUE.
Pues siendo merecedor
Ludovico de tu amor,
¿Porqué con tanta cautela
Y secreto te pretende,
Pues cuando me declarara
Su amor, era cosa clara
Ser tu esposo?

LEONORA.
No te ofende;
Pero pretendió primero
A mi hermana.

DUQUE.
Eso es verdad.
LEONORA.

Mudóse la voluntad;
Que amor es fuego lijero.
Viéndome en fin viuda, puso
Los ojos con tanto afeto
En mí, que amante y secreto
A servirme se dispuso;
Y por no dar á Isabela
Celos, y enojarte á ti,
Há un mes que me sirve ansí.

DUQUE.
Cuerdo ocasiones recela,
Y cuerdo intento tambien
Atajar inconvenientes.
Amorosos accidentes
Disculpa, hermana, te dén,
Siquiera por la eleccion.
Que en tan noble prenda has hecho.
Sosegado has ya mi pecho:
Al Marqués tengo afición.
Con Isabela intenté
Casarle; mas pues se muda,
Disimula cuerda y muda,

Porque tu hermana no dé
Celos, infiernos de amor,
Entre tanto que dispongo
Las cosas, y medios pongo
Que á Isabela estén mejor.

LEONORA.
Dame á besar esos pies,
Pues satisfaces ansí
Tu honor y mi gusto.

DUQUE.
En tí
Se emplea bien el Marques.
Cosas que tan adelante
En materia de honra están,
Mal remediarse podrán,
Si con medio semejante
No sueldo el daño que has hecho.

LEONORA. (Ap.)
Enrique inconsiderado,
Causa á tus celos has dado.
Oculta tu amor mi pecho;
Que aunque crea tu impaciencia
Que al Marques hago favor,
Te adoraré en lo interior,
Y al Marques en la apariencia.

ESCENA X.

LA DUQUESA, ISABELA. — EL DUQUE, LEONORA.

DUQUESA.
Dicenme, Duque y señor,
Que dejais á Belpais
Por la corte.

DUQUE.
Si el calor,
Duquesa, aquí divertís,
Venus entre tanta flor;
Yo que de mi corte ausente,
Hago á mi gobierno agravio,
Juzgo por inconveniente,
Pudiendo ser Catón sabio,
Ser cazador imprudente.
Hoy nos hemos de partir.

ISABELA.
Mas razon es acudir
Al bien comun, gran señor,
Que al propio.

DUQUESA.
No sabe amor
Replicar ni resistir.
Vamos cuando vos gusteis.

ESCENA XI.

LUDOVICO, ENRIQUE. — DICHS.

LUDOVICO.
Por cumplirlos el deseo
Que de conocer teneis,
Gran señor, á Enrique, os veo
Tarde hoy: honrar podeis
En él, con satisfaccion
De su fama y experiencia,
La nobleza y discrecion,
Valor, cortesia y ciencia,
Que sus tributarias son.
Disculpe lo que he tardado
El padrino que he buscado.

DUQUE.
Poco madrugais, Marques;
Pero todo amante es
Cuidadoso, descuidado.
Mas os debe Belpais
De noche, que cuando Apolo
Logra los rayos que hui,
Las estrellas os ven solo,
Con padrino al sol salís;
Negais de noche secreto
Quién sois á la cortesia,

Y publicaisla, en efeto,
Al sol; no sois vos de día,
Como de noche, discreto.

(Hablando aparte con él.)
Esa espada no hace alarde
De hazañas que adquirís tarde;
Guardarla os fuera mejor,
Si no es que á vuestro señor
Notais, Marques, de cobarde.

LUDOVICO.
¿Señor! ¿qué decis?

DUQUE.
Que en ella
Mi desprecio se señala;
Mas si os honrais de traella,
Haré yo sacar la escala,
Y os castigaré por ella. (Vase.)

LUDOVICO. (Siguiéndole.)
Gran señor, decid: ¿qué espada?
¿Qué escala? ¿qué confusion
Mi lealtad tienen culpada?
Admitid satisfaccion
De quien no os ofende en nada. (Vase.)

DUQUESA.
Airado el Duque se fué
Con el Marques. Isabela,
¿Qué es esto?

ISABELA.
Aunque no lo sé,
El amor que me desvela,
Por intercesor pondré.
A vuestra Alteza suplico
Que á desenojarle venga.

DUQUESA.
Que me pesa, os certifico
De que causa el Duque tenga
De reñir con Ludovico.
(Vanse la Duquesa é Isabela.)

ESCENA XII.

LEONORA, ENRIQUE.

LEONORA.
A poder yo aborreceros,
Osara, Enrique, reñiros,
O aborrrara mi amor suspiros,
Pues ya no excusa el perdersos.
Tan difícil será el veros,
Como imposible el hablarlos;
No supistes conservaros,
Ni yo supe retirar
Deseos que han de pagar
Con la vida el adoraros.
Por un instante de gusto,
Años hemos de perder
Del reciproco placer
Que tiraniza un disgusto.
Limite tiene amor justo,
Que el necio desórden pasa;
Quien sin prudencia se abrasa,
Arrepentido se huela;
Quien al gastar no recela,
Corrido vive con tasa.
Un pápel nos ha vendido,
Una escala descubierto,
Un descuido nos ha muerto,
Una desdicha perdido.
Todo el Duque lo ha sabido:
A Ludovico he culpado;
Nombre de esposo le he dado;
Y si de pesar no muero,
He de fingir que le quiero
Por solo razon de estado.
¿Ved de un yerro los que nacen!

ENRIQUE.
Enlazan las ocasiones
Desdichas en eslabones,
Que eternas cadenas hacen;
Pero si se satisfacen
Matando, morir procuro,

Pues con la vida seguro
El peligro que tenemos,
Porque muriendo, quedemos
Libre vos, y yo seguro.
Sois mi esposa en posesion,
Y yo con vos desigual,
Nuestro peligro mortal,
Cierta nuestra perdicion.
Razon de estado es razon
Que contradicen los cielos;
La muerte ataja desvelos:
Muera quien os ha perdido,
A vuestros ojos querido,
Antes que ausente y con celos.

ESCENA XIII.

ISABELA. — DICHS.

ISABELA.
¿Ay hermana de mis ojos!
Llevar manda el Duque preso
Al Marques; perderé el seso
Si duran estos enojos,
Porque con justos antojos,
Difíciles de entender,
Le obligan á enfurecer.
Quejas forma de una espada,
Que ciñe al lado dorada,
Y mi homicida ha de ser.
Luego nos manda partir
A la corte: ven, Leonora,
Y serás su intercesora,
O aquí me verás morir.

LEONORA.
Yo ¿qué le puedo decir
Con que se venga á aplacar?

ISABELA.
Nada te sabe negar;
Roguemos por él las dos.
Hidalgo, tambien á vos
Os manda el Duque llamar. (Vase.)

ENRIQUE.
Habrá sabido que es mía
La espada: si me da muerte,
Dichosa será mi suerte.

LEONORA.
¿Tantos males en un día!

ENRIQUE.
Ea, amorosa osadia,
Muera Enrique desgraciado,
Pues tan mala cuenta ha dado
De la dicha que ha perdido,
Cuando no por atrevido,
Por amante descuidado.

ACTO SEGUNDO.

Decoracion dividida en dos partes, desde el proscenio hasta el fondo del teatro: la mayor es una galeria en el palacio de Cléves; la menor es la habitacion que sirve de cárcel á Ludovico y tiene puerta y ventana á la galeria.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE Y LUDOVICO, en la sala de prision.

ENRIQUE.
No me espanto que formeis
Quejas de vuestra prision,
Supuesto que no sabeis,
Marques, la justa ocasion
Con que airado al Duque veis;
Mas primero que os la diga,
De vos me quiero informar.
Si la amorosa fatiga,
Que reinos suele abrasar,
Y libres pechos castiga,
Predominando en Leonora,

La hiciera competidora
De la dicha de Isabela,
Y aunque su amor os desvela,
Os quisiese bien agora;
¿La mudanza podria hacer
El comun efeto en vos
Con que muestra su poder
Amor, que es fuego, si es Dios,
Y nunca vive en un sér?

LUDOVICO.
¿Leonora á mí?
ENRIQUE.
Su beldad,
El ser del Duque heredera,
De cuya esterilidad
Cléves sucesion no espera,
Su discrecion y su edad
Dan causa á lo que os pregunto,
Pues siendo del sol trasunto
Puede, aseguando amor,
Elegiros sucesor
Del malogrado difunto.

LUDOVICO.
Enrique, no oso fiar,
Tanto de mi fortaleza.
Si en tan dichoso lugar
Me pusiese su belleza,
Que no temiese dudar
La fe que á Isabela debo;
El mayor planeta es Febo
De cuantos alumbrar ves,
Y muda de mes en mes
Nueva casa y signo nuevo.
Mas ¿por qué me decis eso?
¿Qué tiene, Enrique, que ver,
Tenerme así el Duque preso
Con tentarme por saber
Si soy mudable?

ENRIQUE.
Intereso,
Marques, de vuestra mudanza
Toda la seguridad
De mi vida y esperanza.
Mi osadia perdonad,
Alentad mi confianza,
Y aseguraime primero
Si de amigo verdadero
Podré gozar el blason,
Marques, en vuestra opinion.

LUDOVICO.
Bien sabes lo que te quiero,
Y que eres por mí privado
Del Duque.

ENRIQUE.
Más me prometo
De vos, aunque os he agraviado.
Sois mi patron, en efeto,
Y en esa fe confiado,
Atrevimientos de amor
Escuchad. Yo, Ludovico,
Soy vuestro competidor,
Si en méritos menos rico,
Mas dichoso en el favor
De Isabela.

LUDOVICO.
¿Cómo es eso?

ENRIQUE.
Mis desatinos confieso;
Mas poco el amor abrasa
Que los limites no pasa
Comunes, y pierde el seso.
El estar de Belpais
Tan cercana nuestra quinta,
Como en su bosque advertís;
La caza, que guerras pinta
De Marte y amor, si oís
De Adonis que cazador
Y amante rindió sus flechas
A la madre del amor,
Cuyas trágicas sospechas,

Sin dar fruto, le hacen flor;
La ocasion que poderosa,
Con la mas difícil cosa
Sale cuando dichas traza;
En fin, lugar, tiempo y caza
Me hicieron presa amorosa
De Isabela, que rendida
A alguna oculta influencia,
Vuestros servicios olvida,
Y con su hermosa presencia
Da á mi atrevimiento vida.
Creció el amoroso trato
Con la comunicacion
Que malogra el tiempo ingrato,
Sin que diese permission
El temeroso recato
Que algun tercero indiscreto
Tiranizase el secreto.
Pues en su amorosa quinta
Solo fió de una cinta
La guarda de su respeto.
La noche que no la hablaba,
Aunque las mas iba á vella,
Atado á un liston hallaba
Un papel (¡industria bella!),
Y otro en su lugar dejaba.
En esta vida, Marques,
Pasó amor tan adelante,
Que en el discurso de un mes,
De niño creció á gigante
(¡Juzgad cuál será despues!),
Hasta que mis persuasiones,
Quejas, suspiros, pasiones,
Dieron á mi atrevimiento
Alegre consentimiento,
Y permission sus balcones
A una escala que llevé
Y la desdicha estorbó,
Pues cuando subir pensé,
Vino el Duque y malogró
Diligencias de mi fe.
Intentó reconocirme
Con otros dos; encubríme;
Quiso matarme ó prenderme;
Eché mano y resistíme;
Siguióme; y por defenderme,
Hiriendo á los dos, le gané
La espada, y mas cortésano
Que dichoso, con la mia
Le dejé, huyendo del día,
Cuya luz intentó en vano
Descubrirme. Halló la escala
El Duque, en fin, que recela
Lo que en sus pasos señala,
Y á Leonora y Isabela
Confuso en la culpa iguala.
Retiréme á casa yo
Desesperado y sin seso.
Al tiempo que os sucedió
Con la caída el suceso
Que vuestra prision causó.
La espada del Duque os di,
Cuando á hablarle con vos fui,
Y ofendiéndose de vella
A vuestro lado, por ella
Os tiene en prision aqui.
Supo despues que Leonora,
En quereros satisfecha,
Vuestra prision siente y llora;
Y creciendo su sospecha,
Está persuadido agora
Que vos fuistes el autor
De la escala y resistencia
A que me obligó el amor;
Y embotando su prudencia
Los filos de su rigor,
Conmigo ha comunicado
Sus recelos y cuidado,
Y por mi consejo intenta
Tomar, Marques, por su cuenta
El dar á Leonora estado.
Con ella os quiere casar:

Si os obliga su belleza,
Y en el saber perdonar
Resplandece la nobleza,
En mi la podeis mostrar.
Y si no, al Duque decid
Que á Isabela he pretendido;
Lo que me ama le advertid,
Y de mi intento atrevido
Satisfaccion le pedid;
Porque en sabiendo el suceso
Que á vuestra amistad confieso,
Dé á vuestros celos venganza,
Fin á mi loca esperanza,
Y muerte á mi amor sin seso.

LUDOVICO.

Enrique, mucho he querido
A Isabela, al mismo paso
Que mudable me ha ofendido.
En justos celos me abraço;
Mas pues te has favorecido
De mi, no tengas temor;
Que á mi enojo he de vencer.

ENRIQUE.

Es de reyes tu valor.

LUDOVICO.

No fué Isabela mujer
En escoger lo peor;
Que en ti sus gustos mejora.
Cure mis celos Leonora;
Que si un veneno se aplica
Con otro, eficaz triaca
Su amor me receta agora.

ENRIQUE.

Dame esos piés.

LUDOVICO.

De cuidado
Mudad, pensamiento.
(El Duque cruza la galería, y se dirige
á la habitacion de Ludovico.)

ENRIQUE.

A verte
Entra el Duque.

LUDOVICO.

Ya yo he dado,
Enrique, en favorecerte.
Por ti, quiero ser culpado.

ESCENA II.

EL DUQUE, entrando en la habitacion
de Ludovico.—Dichos.

DUQUE.

[hecho
Ya que os habré; Marques, la prision
Mas advertido, he dado á intercesiones
Lugar piadoso, aunque de vos sospecho
Que juzgaréis á agravios mis razones.

LUDOVICO.

Antes, señor, de vuestro ilustre pecho
Conozco entre estas licitas prisiones
La justicia que mezcla la clemencia,
Guero castigo de mi inadvertencia.
Descuido fué de mozo, que podia
Ocasiónaros á mayor venganza,
A no tener en vos la sangre mia
Padrino sabio y cierta confianza.

DUQUE.

En materia, Marques, de cortesía
Pocas disculpas el descuido alcanza.
Libre estais.

LUDOVICO.

Vuestros piés invietos beso.
DUQUE.
Sed mas constante, ya que sois travieso.
(Vase.)

ESCENA III.

ENRIQUE; LUDOVICO.

ENRIQUE.

Esto, Marques, te dijo, porque piensa

Que olvidas á Isabela por Leonora.
LUDOVICO.

Ya, Enrique, atribuyéndome tu ofensa,
Vindo es mi amor, pues en su luto adora:
Con su favor mi agravio recompensa.
Saque á Isabela su presencia agora
Del alma donde fué dueño absoluto,
Y vistanse mis celos de su luto.
(Sálense los dos á la galería: Ludovico
se va, Enrique se detiene.)

ESCENA IV.

ENRIQUE.

¿Qué confusion, enmarañados celos,
Es esta que aborrezco y solicito?
Perilo soy, pues su tormento imito,
Tejiendo celos por morir en celos.
Estaban cadenas mis desvelos,
Siendo juez y agresor de mi delito;
Tercer del Marques con quien compilo,
En mis tormentos fundo mis consuelos.

Si no ama Ludovico á mi Leonora,
Publicando mi amor, mi muerte trata,
Y han de matarme celos si la adora.
Todo es morir lo que el penar dilata:
Déme pues muerte airada el Duque ago,
Y no un recelo que despaño mata. [a]

ESCENA V.

LEONORA.—ENRIQUE (1).

LEONORA.

¿Qué haces, Enrique, suspensio?

ENRIQUE.

Parabienes preveniros,
Que á costa de mis suspiros,
Mi tormento hacen inmenso.
Que labro, Leonora, pienso,
Contra mi mismo tirano,
El sepulcro de mi mano,
Donde sin hallar salida,
Fenezca mi triste vida,
Como el tejedor gusano.

Ya está el Marques persuadido
A vuestro amor lisonjero;
Fui primero y soy tercero;
¡Ved la medra á que he venido!
¿Quién duda que habréis tenido
Abierta puerta al cuidado,
Que os habrá el Marques pintado
Un generoso sujeto,
Mozo, gallardo, discreto,
De real sangre y noble estado,
Y que hecha comparacion
Entre mi y él, el desprecio
Me pintará pobre, necio,
Sin calidad ni opinion?

¡Ay Leonora!
LEONORA.
Enrique, pon
Freno al atrevido labio,
Pronunciador de mi agravio;
Que vas perdiendo el conceto
Que has tenido de discreto.

ENRIQUE.

Pues con celos ¿quién es sabio?
LEONORA.
Pues tú ¿de qué tienes celos?

ENRIQUE.

Cuando hay de qué, no lo son.
En la elemental region,
Imágen de mis desvelos,
Verás, si miras los celos,
Una nube retocada
Del sol, blanca y encarnada,
Que resolviéndose en viento,

(1) Desde aquí al fin del acto todos los actores
hablan en la galería.

Que aunque yo viva celosa,
Mas prudente me verás.

ENRIQUE.

Me iré, pues en eso das;
Mas ¿si en amar te resuelves
Al Marques.....?

LEONORA.

¿Pues á eso vuelves?

ENRIQUE.

¡Ay mi bien! no puedo mas. (Vase.)

ESCENA VI.

LEONORA.—ISABELA.

ISABELA. (Ap. al salir.)

¡Pasar delante de mí,
Y fingir que no me ve,
Y despues que le llamé,
Hablarle el Marques así!
¡Grave conmigo y con seso!
¿Qué ocasion habrá tenido,
Si por él he intercedido
Con el Duque, estando preso?

LEONORA.

Isabela.

ISABELA.

Hermana mia.

LEONORA.

¿Qué tratas contigo á solas?

ISABELA.

Amor es mar, y en sus olas
Anejar mi paz porfia.
Basta, que de la prision
Sale el Marques tan trocado,
Que delante mi ha pasado
Con tan libre ostentacion,
Como si en toda su vida
Me hubiera querido bien.

Dile, hermana, el parabien
De ver tan presto cumplida
Su libertad, negociada
Por mí, como Cléves sabe;
Y el tan necio como grave,
Dijo, la color mudada:

«De dos libertades puede
Vuestra Alteza, gran señora,
Darme plácemes agora;
Del alma, que es la que excede
A todas, si estuvo presa
En su amor; y la segunda
Del cuerpo, que es en quien funda
El parabien que confiesa.»

Y haciendo una reverencia,
Puesto que cortés, mayor
Que las que permite amor,
Se partió de mi presencia.

LEONORA.

Soñarás Duque ya
De Geldres, y que le espera
Por esposo su heredera.

ISABELA.

¿Cómo es eso?

LEONORA.

Favor da
Mi hermano á sus pretensiones,
Y con él reconciliado,
De la prision le ha sacado,
Ofreciendo intercesiones,
Con que consiga su intento.

ISABELA.

¿Mi hermano hace contra mí?

LEONORA.

Hármelo afirmado así,
No sé con qué fundamento;
Mas si tus celos procuran
Reducirle á su obediencia,
Segun muestra la experiencia,
Celos con celos se curan.
Anoche, hermana, te dije

Que de Enrique colegi
Que está perdido por ti.

ISABELA.

Imposible amor le aflige.

LEONORA.

Contemplarte como objeto
De su amor quiere, y no mas;
Pero no me negarás

Que no es Enrique sujeto
Mas digno que Ludovico,
Si es que partes personales
Juzgas por mas principales

Que el ser noble y el ser rico.

ISABELA.

¿Qué querrás decir por eso?

LEONORA.

No digo yo que te mueras
Por él, aunque bien pudieras
Pero en cualquiera suceso,
Para dar en que entender
Al Marques, ¿dónde hallarás
Hombre que merezca mas?

ISABELA.

¿Había yo de querer,
Ni aun burlando, á quien alcanza
Fama solo por letrado?
En vez de darle cuidado,
Le diera al Marques venganza.

LEONORA.

No consentiré tampoco
Que trates á Enrique mal:
Amor que mira en caudal,
O peca de necio ó loco.
Enrique merece tanto
Por su mucha discrecion,
Talle, gracia y opinion,
Que no sin causa me espanto
De que así le menoscables.

¿Tan divino entendimiento
Desprecias? ¿Y lo consiento?
Lo poco muestras que sabes;
Mas no son dignos tus ojos
De que se logren en él. (Hace que se va.)

ISABELA.

Vuelve acá, que estás cruel.
¿Por eso formas enojos?
Digo que Enrique es sujeto
Tan digno de ser querido,
Que al Marques pongo en olvido:
Preferirle te prometo
A cuantos el mundo alaba.
Desde que en palacio entró,
De suerte me pareció,
Que si te le desdorbaba,
Era por no ocasionarte
A que no siendo mi igual,
Por él me tratases mal;
Pero ya intento agradarte
De suerte, porque me aplique
Al gusto y no al interes,
Que desdendiendo al Marques,
Desde hoy doy el alma á Enrique.

LEONORA.

¿Tú el alma á Enrique? ¿estás loca?

A no tener sangre mia,
Saliera con su porfia
El amor que te provoca.
Enrique ¿es mas que un hidalgo,
Sucesor de un capitán,
A quien la cruz de San Juan
Ennoblecce, si es que es algo?
Aun legítimo no se
Si merece que le nombre.
¿Es Enrique mas que un hombre
Que ayer de unos montes fué
Hijo, como ellos grosero?
¿Qué letras puede tener
Quien nunca escuelas fué á ver,
Ni tuvo grados primero?
Celébrale la opinion